

## OBREGON EL DIPLOMATICO.

Tan insigne hazaña no podía quedar sin recompensa.

El día 4 de agosto de 1824, el Supremo Poder Ejecutivo nombraba "al coronel don Pablo Obregón Ministro Plenipotenciario y enviado extraordinario de esta República cerca del gobierno de los Estados Unidos de Norte América con el sueldo de ocho mil pesos asignado por el Sobno. Congreso en decreto de 5 de marzo, que comenzaría a disfrutar el día de su embarque para tal destino".

El mismo día el Congreso aprobaba el nombramiento, y el 5 contestaba Obregón a don Lucas Alamán. Le daba las gracias y ofrecía "no perdonar medio alguna de cuantos estuvieran a su alcance" para salir avante en su misión.

El 26 avisaba su embarque en el vapor americano Mc Aced "fletado al efecto, con todos los individuos que lo acompañaban"; y pedía se avisara a la Aduana de la Villa de León, que no se pagara más el retiro militar que cobraba, cosa que se mandó cumplir. (Lo cual indica su arraigo y oriundez en León).

Debe de haber desembarcado en Filadelfia, pues el 7 de noviembre salía para Washington y el 15 llegaba a esa capital. Escribía el 16 al Secretario de Estado pidiéndole una entrevista, era recibido el 17, y entregaba la copia de estilo de las credenciales y otra de la que el Supremo Poder Ejecutivo enviaba al Presidente James Monroe.

Iban las cosas rectamente encaminadas, y se miraba bien que quien las dirigía era don Lucas Alamán, que evitó las torpezas que en otras ocasiones se habían cometido como la de llamar a James Monroe por el nombre de Thomas, curiosa "gaffe" de Gutiérrez de Lara, que confundía el nombre de pila del Presidente Jefferson con el de su Secretario de Estado, o la de dirigirse al Congreso, como lo había hecho el cura Hidalgo en la credencial que firmó para el infeliz don Pascasio Ruiz de Letona. Las cosas se hacían en forma ortodoxa y ortodoxo fué el discurso que pronunció Obregón.

No existía entonces la Casa Blanca, que en 1814 había sido quemada por los ingleses, y Monroe recibió al enviado mexicano llana y sencillamente.

En su discurso, que por desgracia no sabemos si

pronunció en francés, como años más tarde había de contestar a un enviado francés el Presidente Bustamante, o si se atuvo al idioma nativo, estuvo sobrio y discreto. Poseía la lengua diplomática, según después veremos, y en la propia se expresaba con cierta soltura.

John Quincy Adams hizo la presentación, y en el discurso, que el mismo Obregón extracta en su nota de 26 de noviembre de 1824, dijo: "que los Estados Unidos, reconociendo la independencia de la República Mexicana, habían dado a las otras Naciones, la mayor prueba de la observancia de sus principios: Que los Estados Unidos, no habían querido gozar de las ventajas que la proporcionaban las relaciones con sus hermanas, sin hacerles justicia: Que por todas estas razones, por la semejanza de su Constitución; y por su proximidad México deseaba y creía ser la aliada natural de los E. U."

Contestó el Presidente diciendo: "Que esperaban que ntras relaciones fuesen siempre las más amistosas; de lo cual habían dado pruebas y cuyos sentimientos deseaban conociésemos."

Poco le quedaba a Obregón por hacer en Washington, y volvió a Filadelfia que era ya verdadera ciudad, mientras la metrópoli recién fundada no pasaba de ruín aldehuela en que apenas empezaban a tomar forma las concepciones de L'Enfant. Allí "podían comprarse los muebles con más economía y dar giro a los encargos del gobierno". Esperaba volver en di-

ciembre "época en que podría ser útil su presencia en la capital y llenar el objeto de su venida".

Los sinsabores (siempre sinsabores de dinero) empezaron a rodear al Ministro antes de serlo. Tuvo que detenerse en Filadelfia "algunos días con el doble objeto de negociar algunas letras y de dar tiempo de que el Presidente regresase a Washington." Parece que arregló de manera satisfactoria la parte financiera con el Banco de los Estados Unidos. El contrato era el más satisfactorio que en aquellas circunstancias se podía apetecer "por razón del descrédito que a México trajo la carta que publicó O'Gorman". El 8 de noviembre prometía salir para Washington; pero anunciaba con fruición que "los fondos de la República en Londres habían subido un medio por ciento o más del aumento del nueve que tuvieron cuando allí se supo la execución de Iturbide. La familia de éste había desembarcado en Barataria en la Luisiana, y parece, según verá V. E. en la Gaceta del 6 del corriente que pensaba volver a Europa."

Las instrucciones que recibió Obregón llevan fecha 30 de agosto de 1824, y contienen datos importantes sobre la manera de regir nuestra amistad con los Estados Unidos.

Debía promover la regularización de las relaciones comerciales y nombrar cónsules y vicecónsules en los principales puertos haciendo publicar la forma de legalizar las facturas.

Debía ocuparse (Ley 13 de julio de 1824) en todo

lo relativo a colonización, y procurar que los colonos fueran recomendados por personas o compañías solventes, sin permitir que vinieran individuos sospechosos, aventureros, viciosos u holgazanes. Los colonos debían ser artesanos, labradores, constructores de barcos, pescadores de ballenas y conocedores de la técnica de los barcos de vapor, que serían muy útiles en Tampico, Alvarado, Goatzacoalcos y otros puntos.

Debía rectificar los informes falsos o equivocados.

En cuanto a los agregados debían ser jóvenes que no sólo se dedicaran a la lengua del país y otras de las vivas como alemán, francés e italiano, sino a estudiar con profundidad algún ramo administrativo como hacienda, marina, régimen municipal y establecimientos de beneficencia a fin de que se conocieran sus capacidades y adelantos.

Debía arreglar los asuntos pendientes por reclamaciones por la conducta de las balandras "Chennet", "John Adams" y "Weasel".

Otras instrucciones reservadísimas llevó y están escritas a lo que parece, por mano de Alamán.

Comprendían tres puntos interesantes.

Estaba recién nacida la Doctrina Monroe y había que aclarar si el gobierno de los Estados Unidos se pondría de parte de las nuevas repúblicas americanas, cuál sería su actitud en una lucha contra la Santa Alianza y con qué recursos nos ayudarían en caso de una ruptura con las potencias europeas.

Había que establecer comunicaciones con La Ha-

vana a fin de "fomentar el partido que parece está inclinado a unirse a esta República".

No se podía empezar a discutir el asunto de límites, pero sí había que estar a la mira de los movimientos de los habitantes de las tierras fronterizas. Como en las contestaciones de Torrens se hablaba "de miras muy avanzadas sobre nuestros territorios de N. México y California y hay sospechas de que las tienen sobre la antigua provincia de Tejas y aun de que se siguen a este respecto con algunos sujetos establecidos en ella... observaría la mayor circunspección en los pasaportes que conceda a ciudadanos de aquellos Estados que pretendan venir a invadir los mencionados provincia y territorios". Por eso tenía "que vigilar constantemente que aprovechándose de cualquier pretexto nuestros enemigos no trataran de introducirse para poner entre nosotros espiones".

## VI.

### MISERIA Y DESEQUILIBRIO.

¿Qué penas, qué contrariedades, qué dolores afligían al Ministro, ya que desde el 20 de agosto de 1826 hablaba en nota ostensible de "la grave enfermedad que había sufrido... y que lo imposibilitaba en lo absoluto de ocuparse por mucho tiempo y tal vez por la vida de negocio alguno de entidad" hasta obligarlo "a hacer demisión (así) de la comisión que se le había confiado, y pedir se le permitiera retirarse de estos Estados en la próxima buena estación para las costas de la República"?

Serían de seguro melancolías y desabrimientos; pero lo curioso del caso es que esa renuncia se conservó por año y medio en absoluta reserva, pues contiene una nota de que se había recibido en la sección "sin acuerdo alguno", el 26 de febrero de 1828.

Hay en el expediente tres conmovedoras cartas a Victoria (6 de enero, 16 y 24 de marzo de 1827) que quizás sean la clave de la triste situación del Ministro.

"Finalmente, escribe, se me hace carecer de los fondos necesarios para mi existencia y la de todos los empleados mexicanos que recibían aquí sueldo por mi conducto y se me priva de los medios de adquirirlos, cuando hay además una propiedad considerable de la nación... que se necesita cuidar"... "El mes presente es el segundo en que no tengo caudal alguno del Gobno. para cubrir sus obligaciones, y el tercero en que el que había existente no alcanzó a cubrir ni la mitad de mi paga."

Se queja de que ni siquiera le contesta el Ministerio, pues los despachos que recibió el 30 de diciembre eran respuesta a los que había enviado ciento veinte días antes. "Los sueldos que recibimos los empleados de la Nación son tan moderados, que no hay que esperar podamos nosotros subsistir un solo mes sin ellos"... "El decoro nacional y el mío personal solamente me han podido hacer permanecer aquí sin los medios de subsistir. Todos los acreedores de la construcción (de barcos) ven al Ministro de México como un centro y seguridad de sus créditos. A todos les he prometido el pago, y si yo me voy violentamente, lo que está muy próximo a suceder, el descrédito y pérdida de la nación serán considerables".

La verdad es que se tenía abandonado a Obregón. "No le mandaban informes de ningún género, y no podía dar idea a sus colegas de las rentas y gastos

de la nación, su seguridad, marina, obligaciones, etc., etc."

Tal era su obsesión, que en 30 de mayo de 1828, al felicitar a Cañedo por su nombramiento de Ministro de Relaciones Exteriores e Interiores, celebra "su elección por el bien público y porque con ella espero salir del estado crítico (tachó **violento**) en que me encuentro."

La verdad es que el cuerpo diplomático tenía de México buena opinión, y se creía que más tarde o más temprano acabaría por salir de sus ahogos.

El crédito personal del Ministro y el crédito de la nación estaban involucrados, y no se pagaba la artillería del vapor "Guerrero", que estaba fundida y a disposición del gobierno. "Hasta la fecha no he recibido fondos algunos con destino a la corbeta, ni para la subsistencia de todos los empleados mejicanos en estos Estados"... "Sólo el interés de la nación y mi honor... me han hecho permanecer en estos Estados, cuando me faltan todos los medios para cubrir las obligaciones de ella y el arbitrio de buscarlos. Sin embargo, no abandonaré el país ni los negocios todos de la Nación interin pueda; pero no puedo fijar el tiempo que dure".

A ratos, sin embargo, dejaba su negro pesimismo, y en carta de 25 de agosto de 1827 dirigida a don José Miguel Arroyo (que ha de haber sido muy joven, porque todavía viven gentes que lo conocieron) habla como persona normal y ordenada. A Arroyo le encarga "que cuando regrese a E. E. me traiga dos do-

cenar de botellas de pulque bien tapado y lacrado, y una fanega de piñones de cáscara suave que llaman vulgarmente de cambray". Don Juan Obregón, hermano del Ministro, debía hacer la entrega del dinero que importara el encargo.

El desdichado diplomático, a pesar de su apurada situación pecuniaria, pensaba nada menos que en casarse con una joven americana a quien amaba.

La señorita Elizabeth Crowninshield, de Salem Mass., era el objeto de las ansias del infeliz.

En el expediente hay una carta que dice así: "Salem, a 24 de junio de 1828. Muy señor mío: Al salir de Salem el día 17 del presente, prometí escribir a usted, en el transcurso de una semana sobre el resultado de mis conferencias, a su dirección en New York cuando me comunicó usted que iba a residir allá. Mucho siento que haya estado usted con salud tan quebrantada durante su permanencia en Salem. Recibí las dos cartas de usted fechadas en New York, y le agradezco en extremo su apresuramiento en contestarlas.

"Hice presentes los deseos y propósitos de usted a la dama a quien usted corteja, conforme me lo suplicó, y en nombre de usted le aseguré las cosas que me indicó. Me pidió dicha dama que le manifestara de la manera más respetuosa que aunque agradece y estima sus bondadosos deseos (she is sensible of your kindness intentions) no puede aceptar semejante propuesta, y que espera no piense más en ella.

"Le aseguro a usted que mi amistad hacia su per-

sona es la misma de siempre y espero continúe del mismo modo.

"Usted me ha escrito en francés, lengua que como sabe conozco mal; si no acerté en algo de lo que dice, espero se servirá perdonarme.

"Quedo con toda atención su atento y seguro servidor,

B. W. Crowninshield".

Crowninshield escribía el 26 a don Ventura Obregón, cónsul mexicano en New York, diciéndole cómo su hija había declinado la propuesta del Ministro. Y añade algo que da idea de que don Pablo estaba en malas condiciones: "Mucho me apena la mala salud de su hermano".

La última carta del padre de Elizabeth está fechada el 27 de agosto, y fué franqueada en Salem el 28. Obregón había escrito nueva carta desde Washington, y el medianero ofrecía remitirla a su destino, pues la interesada estaba ausente de su casa. No sabemos qué contendría ninguna de las cartas del desdeñado galán, pero éste no ha de haber faltado a las más exquisitas conveniencias; aunque quizás—me atrevo a insinuarlo—el signatario amenazaba con quitarse la vida, pues termina el corresponsal con esta frase significativa: "I regret that you have so written".

## VII

### LA MUERTE Y EL MISTERIO.

El 10 de septiembre, "aprovechándose (Obregón) del tiempo en que los oficiales de la Legación habían salido de casa, se encerró, dice el relato, en su cuarto, y según las evidentes señales que después vimos, se ahorcó suspendiéndose del techo. Hasta la hora de comer no tuvimos ocasión de echarlo de menos, pues creímos que andaba despidiéndose, como nos lo había dicho el día anterior"....

Don José María Montoya, el empleado de mayor categoría que quedaba en la misión, llamó médico para ver si podía restituir la vida a la víctima. Todo fué inútil, así como la búsqueda cuidadosa que se hizo de cualquier papel en que el desdichado manifestara los motivos de su triste hazaña.

Certificó la muerte de Obregón el Dr. Nathaniel Pope Causin, médico del finado, que aseveró el 10 de septiembre que la muerte había venido por extrangulación. Parece, según la declaración del perito, que fijó la cuerda en un gancho que estaba en el centro de su recámara, hizo una corbata con la cuerda, subió a una mesa, y de allí se lanzó quedando ahorcado y con una horrible mueca en el rostro. Causin fija la hora del suicidio a la una o dos de la tarde, pues al inspeccionar el cadáver calculaba que a las cuatro, hora en que lo veía, la muerte databa de dos o tres horas.

Si se hubieran conocido entonces las muchas cosas de que ahora todas las gentes hablan, esto es, la psiquiatría, la neuropatología, la psicopatía y otras muchas cosas en que ya se ha llegado a resultados positivos, el doctor Causin no habría dejado de referirnos los síntomas que presentaba el enfermo, los remedios que le había aplicado y las causas de su desastroso fin. Desgraciadamente nada de esto está en nuestras manos y tenemos que contentarnos con el certificado seco como un esparto que expidió el médico de Obregón.

Al presentarse el "coroner" para averiguar el suceso, el encargado de la Legación se defendió diciendo que aquella casa era territorio neutral. El oficial se convenció por las razones que se le expusieron y se retiró sin insistir en su deseo.

El entierro se celebró el día siguiente al del suicidio, en el cementerio católico, con asistencia de todos los

diplomáticos que entonces se hallaban en Washington y cuyos países sostenían relaciones con México.

¿Causas del suicidio? Montoya las da a conocer. "Parece que habiendo ofrecido su mano a una señorita de estos Estados, ella rehusó la propuesta. Este desaire hizo profunda impresión en su imaginación demasiado viva, causándole un trastorno en el cerebro". "Afortunadamente para el decoro nuestro, aquí no se ha traslucido el conjunto de las causas que obligaron al Ministro a despedirse de este gobierno y a terminar su existencia. . . Se cree generalmente que el desaire que recibió de la señorita ha sido la causa de todo".

Y tanto se creía, que el señor Mariscal, que conoció, aunque ya muy anciana, a Miss Crowninshield, refería que en sociedad se miraba con horror a la desventurada, considerándola reo de un homicidio por no haber abierto su corazón pedernalino a las honestas insinuaciones de nuestro representante.

El Encargado de Negocios apunta otra causa para el suicidio, aparte del despecho amoroso, que debe tomar en cuenta el narrador. Ya quitada la casa y hasta dos días antes de su muerte, se había ocupado en arreglar sus papeles y disponer sus maletas para el viaje que pensaba hacer vía Nueva Orleans para evitar las tormentas del otoño.

Al recibirse en Washington la correspondencia que llevó de Veracruz el bergantín "General Victoria", cabalmente tres días antes de su muerte, prorrumpió en la expresión "Ya no voy a México. Me quedo en estos Estados".



¿Qué noticia recibió que lo impresionó tanto? Quizás en la misma Embajada se encuentren los últimos despachos que recibió Obregón y que den la clave de tan extraño proceder suyo.

Daniel Brent, Subsecretario de Estado, ofreció hacer cuanto estuviese en su mano y se acostumbrara en los casos de fallecimientos de Ministros, y deploraba la "repentina muerte" de Obregón. No tendrían los funerales la solemnidad que habría deseado, porque desgraciadamente se encontraban ausentes el Presidente y sus Secretarios, pero sí se haría lo posible para demostrar la profunda y sincera simpatía que experimentaba el gobierno en aquella melancólica oportunidad.

¿Por qué se enamoró Obregón de Elizabeth Crownshild? No los unían parentesco de raza o de ideas, de idioma o de costumbres. El ministro, aunque de seguro desviado de la fe católica que sus mayores profesaron y que él ha de haber practicado en su niñez y en su juventud hasta con superstición y nimiedad, no tenía por qué prendarse de una doncella que de seguro profesaba el protestantismo más estrecho y fanático.

Era la época en que el puritanismo estaba en auge, y los viajeros cuentan que resultaba espectáculo curioso el de la ciudad de Filadelfia, que a pesar de tener ya lindas casas, buenos edificios y calles hasta de treinta metros de anchura, se veían grupos de hombres y mujeres con el traje cuáquero característico, y lo que

era más, que en ella se celebraran los oficios cuáqueros con singular estrechez y austeridad.

Y si esto pasaba en Pennsylvania, ¿qué ocurriría en Massachussets y sobre todo en Salem, donde todavía flotaba la sombra siniestra de Christian Mother, el achicharrador profesional de brujas?

Cabalmente en el tiempo en que esa locura colectiva se desarrollaba con más fuerza, en 1686, llegó del reino de Sajonia, en Alemania, **Johan Kospar Richter von Kronenschild**. Murió en Boston en 1711 y lo habían acompañado en su peregrinación a América los doctores Henry Burchstead, de Silesia, y Pierre Baudoin de la Rochelle.

Poco a poco el nombre fué anglicizándose, tanto que el primitivo emigrante ya firmaba John von Cronshilt. El nombre probablemente era traducción del sueco **von Kronskjold**. Algunos de sus ascendientes habían llegado a Alemania con los regimientos suecos y quedaron en el reino de Sajonia en las épocas de guerras con soldados alquilados.

Crownshilt casó el 5 de diciembre de 1694 con Elizabeth, hija de Jacob y Elizabeth (Cliford) Allen de Lynn y Salem.

En 1696 le nació a la pareja un hijo que también se llamó John. Más tarde se estableció en Salem aunque era nativo de Boston, donde había visto la luz el 19 de enero de 1696 ó 97. John, el segundo, fué acaudalado mercader, armador y metido en negocios en las Antillas, tuvo numerosos esclavos y dependientes y criados.